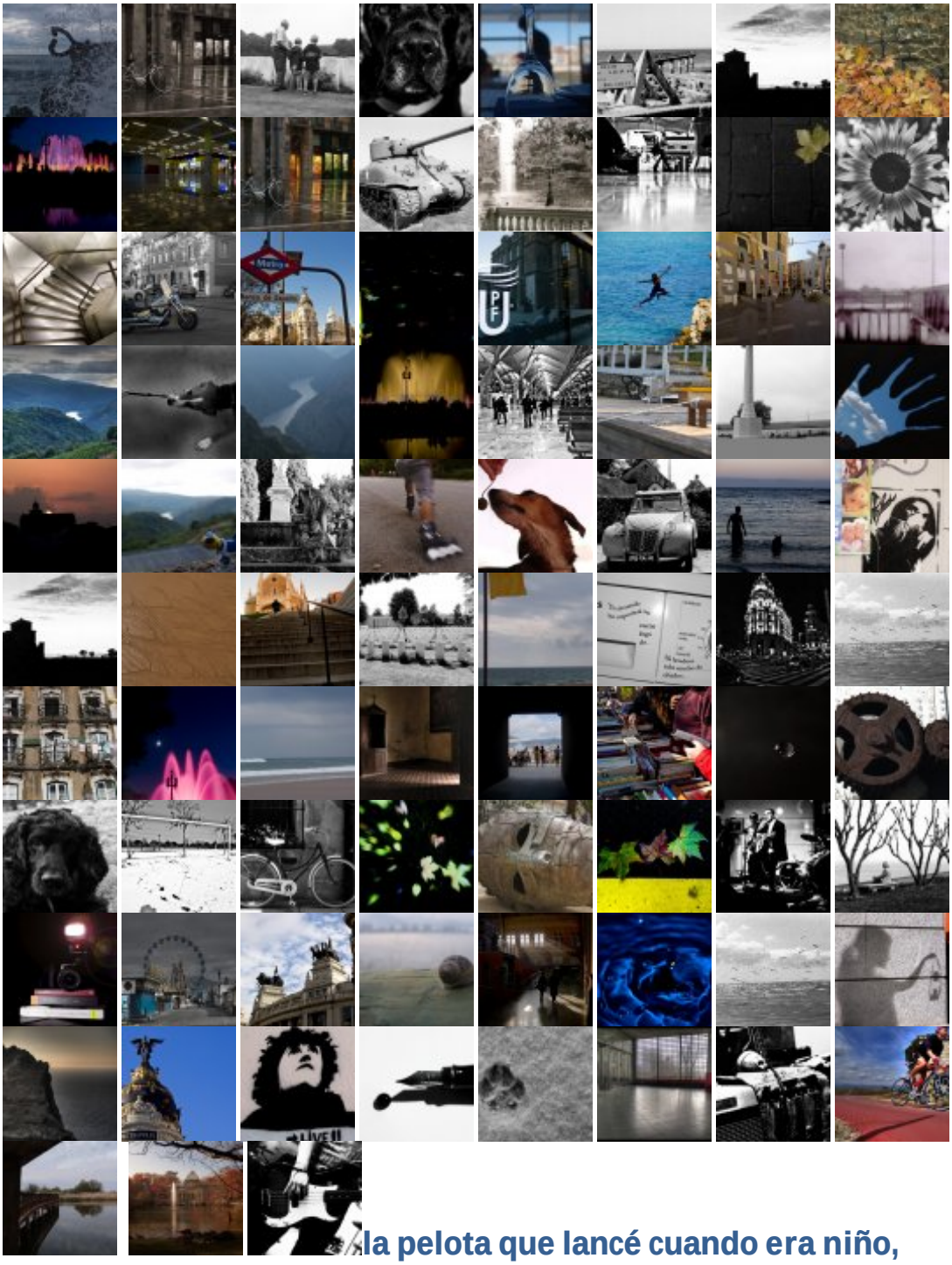


la pelota que lancé cuando era niño, todavía no ha tocado tierra. Dylan, Thomas

la fecha de nuestro aniversario. 1

La línea roja 1

En el mejor de los mundos 2

Flrs++ 5

Flrs 6

La partida 7

El Dios de los muebles de pino 9

Una larga espera 10

Extraños 12

958 13

Saldos 14

Románico (segunda parte) 14

Románico (primera parte) 16

escapistas 17

Él 18

el rebaño 19

Madriz 21

sigloveintiuno 23

Marilyn 24

Crisálidas 26

quiero que me concedas... 28

A veces ocurren cosas 29

fiat lux 30

invierno / otoño / 09 31

aniversarios *33*

fechas de caducidad *35*

el niño que escuchaba *36*

Feliz Cumpleaños *37*

la muerte de un hombre vencido *37*

la hora del té *39*

Humani Corporis Fabrica *40*

lo mejor… *41*

moleskine *42*

conmigo *42*

contaminación lumínica *44*

Barajas-Newark *45*

El último justo en sodoma *46*

agua *47*

Waterman *48*

37° 30′ 35.013” / -95° 42′ 46.40” *49*

Perfect life *52*

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento**. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- **No comercial**. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Compartir bajo la misma licencia**. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

la fecha de nuestro aniversario.

Tres años. Suponemos que les debemos algo. Ya saben... por sonreírnos. Por abuchearnos. Por acogernos. Por ignorarnos. Por comprendernos. Por esperarnos. Por vacilarnos. Por acompañarnos. Algo les deberemos, seguro, en cuatro años. De manera que pasen y cojan lo que quieran. Sírvanse una copa. Brinden con nosotros. O brinden solos, como quieran. Déjense embaucar. Permitan que les seduzcamos, que les emborrachemos y les escandalicemos con este striptease del alma. Pasen y cóbrense la deuda de estos tres años. Llévense a casa un gracias o un triple salto mortal de elartista. Aprovechen. Disfruten. Beban. Rían. Hablen. Follen. Sueñen. Sean quien siempre han querido ser. Háganlo. Algún vecino acabará llamando a la policía y la fiesta terminará. Apagaremos las luces y la música. Y si un día nos volvemos a cruzar en el supermercado... prometemos fingir que no nos conocemos de nada. Incluso borraremos las pistas que hemos dejado en el resumen del año cuando el Juez venga a pedirnos vuestros datos.

La línea roja

El equilibrio tiene forma de delgada línea roja por la que resulta imposible caminar. Lo supiste hace años. Un lunes, quizá. O el sábado aquel que presentiste por primera vez que el fin de semana sería tan largo y tan tenso como la cinta que deberías cruzar para llegar a meta. A ti siempre te afloró a los ojos. **La tristeza**. Ese brillo intenso que convertía tus pupilas en dos perlas deslumbrantemente negras. Era tan perturbador mirarte y verte derramar nostalgia por algo que nunca sería. Nostalgia y arrogancia. Tu mirada altiva lo murmuraba a gritos. Ni querías ni necesitabas braceros para llevar a puerto aquel barco. Y nunca me atreví a contradecirte. Incluso triste, el concepto de dignidad se superlativizaba en ti y resultaba violento presentar a tus ojos otra verdad distinta a la que tú defendías. Parecía un insulto al buen gusto, a una norma básica de educación.

Nunca lo lograste. El **equilibrio**. Nunca conseguiste dar un paseo sobre la línea roja sin abalanzarte finalmente al lado derecho. Al lado de los que aún ganando, pierden. De los que, a sabiendas, juegan partidos amañados. De los que cruzan todas las metas cuando las medallas ya se han acabado. Cuando ya no queda nadie para verlo.

En el mejor de los mundos

El operador empieza su turno de seis horas introduciendo la tarjeta de identificación en la ranura del escritorio. La silla se nota aun caliente por el cuerpo de su compañero y la encuentra situada demasiado alta para su gusto. Mientras deja el vaso de plástico con café sobre la mesa, manipula los controles de la silla para ponerla a su altura, da un par de sorbos al café, comprueba la hora en el reloj, y saca el pequeño teclado de la bolsa que conecta al monitor por un puerto de forma rectangular. Cada operador es responsable de su propio teclado que se guarda en unas taquillas a la entrada del edificio.

A la hora en punto el satélite muestra un cuadrante aleatorio de la casilla que tiene asignada para el día de hoy: un paisaje urbano de una azotea que enseña su ropa mecida por el viento. La imagen es actualizada cada pocos segundos, casi en tiempo en real. Cuando el satélite saca una foto la procesa en baja resolución y la envía inmediatamente al centro de control; la imagen tomada en alta resolución se almacena para ser enviada cuando no quede ninguna de baja resolución pendiente. De esta forma, si algo le resulta sospechoso, el operador puede alternar mediante una combinación de teclas entre la imagen inicial y la imagen a todo color. De esta forma puede ser capaz de distinguir el logotipo de una conocida marca deportiva en una de las camisetas de la azotea.

Antes de realizar el informe con los puntos de control, el operador es interrumpido por una alarma de código azul. Cuando eso ocurre el satélite toma el control y hace dos cosas: centra la pantalla en la zona de la incidencia, y despierta a los dos vehículos teleridigidos artillados que tiene asignados aquella esquina del mapa. Los VTA son helicópteros en miniatura que han sacrificado la autonomía para poder ser endiabladamente rápidos. En pocos segundos habrán cogido altura y trazado la ruta de colisión hacía el desencadenante de la alarma que ahora aparece en pantalla: un tipo montado en una vieja mobilette que acaba de pasar la zona azul y marcha hacía el segundo punto de control, marcado en el manual de operaciones como zona verde.

Un operador no debería recibir más de cuatro intrusiones al año. Lo que significa que hoy es su día de suerte y le toca decidir sobre el futuro de un fulano que se ha saltado las docenas de señales luminosas y acústicas en los diferentes dialectos que pueblan la zona de seguridad. Sin embargo, como le enseñaron en la instrucción, eso no significa que el tipo de la motocicleta sea un objetivo a abatir. El ejército tiene cientos de subcontratas que mantienen en funcionamiento los paneles solares que alimentan las señales de aviso, pero esas subcontratas

decidieron que sus equipos eran demasiado importantes para jugarse la vida supervisando los sistemas, por lo que contrataron a otros tipos que no siempre pueden o quieren hacer su trabajo.

Mientras el operador procesa toda esa información, el tipo de la motocicleta se encuentra en medio de la zona verde, los VTA lo tienen en el visor, y el operador tiene menos de quince segundos para decidir si pulsa el botón rojo de disparo. Si se equivoca habrá eliminado –el código de operación rechaza la palabra matar- a un honrado agricultor que intenta regresar un poco borracho a casa después de una exitosa venta. Si acierta, será la vida de sus compañeros la que habrá salvado. Al rememorar la palabra compañeros es inevitable acordarse de las personas con quien hizo la instrucción y, siguiendo ese fino hilo de plata llamado memoria, llegamos a su ciudad natal, su novia y todas esas pequeñas cosas difusas que llamamos vida y que, de repente, se han visto amenazadas. Por ese motivo la mayoría de las intrusiones acaban con el operador pulsando el botón que da rienda suelta a los VTA.

Exactamente como ahora.

Las siguientes imágenes del satélite no son más que un remolino polvoriento que nos deja entrever un amasijo de tierra y sangre. Por encima de esa escena, incansables como perros de presa, sobrevuelan dos puntos, estáticos esperando instrucciones.

Los operadores son gente normal que nos cruzamos a diario por la calle. Acaban su jornada, redactan el informe, y regresan a sus casas sin saber la consecuencia de sus actos. Muchos logran apartar cualquier idea siniestra: contemplan la pantalla como un videojuego y nunca buscan explicaciones. Pero, a veces, llegas a casa y observas un montón de cadáveres de lo que hace unas horas era una agradable y étnica boda. Un cámara ha descubierto un filón de cuerpos amputados y paredes cubiertas de vísceras que un puñado de moscas hambrientas han convertido en un festín. La imagen gira sin estabilizador y mete el zoom a un niño llorando, recuerda, siempre hay un niño perdido entre los escombros. El cámara, un tipo curtido, aprovecha que ya tiene tu atención para abrir el encuadre y mostrarte como el niño se tambalea con un brazo amputado hasta caer desmayado.

Es difícil ver eso desde la comodidad de tu salón y no sentirte un poco responsable.

Los operadores tienen el índice de suicidios más altos para trabajos calificados como oficina. Pero casi nadie quiere hablar de ello.

Hoy es una de esas pocas excepciones: el presidente da un discurso por televisión, y con voz trémula y el rostro demacrado nos dice que ellos, los operadores, son la “delgada línea que separa nuestro país del reinado del terror”. Ha sido un día duro con demasiados muertos a un lado y otro de la balanza, y quiere dar imagen de normalidad, pero el croma falla de vez en cuando y es fácil saber que no habla desde los jardines del palacio, sino desde un búnker subterráneo que el ordenador intenta camuflar en tiempo real. Mientras, el presidente nos recuerda que vivimos en el mejor de los mundos bajo el mejor de los sistemas.

Si te fijas en las hojas de su espalda verás que se mueven siguiendo un patrón predeterminado. Típica chapuza de aficionados.

A pesar del miedo la guerra no se esta perdiendo. Los satélites cada vez son más precisos, y aunque lograsen burlar su vigilancia y matar a cientos, a miles de los nuestros, el mundo seguiría girando. Hay demasiados intereses puestos en ello para olvidarlos por un puñado de tipos en motocicletas. Alguien debería decírselo al tipo de la televisión.

Este es sólo el siguiente capítulo de la política del miedo, del enemigo invisible que quiere acabar con nuestro modo de vida. Quizás no sabías que era tu modo de vida, pero ahora que lo sientes atacado no queda otra que defenderlo.

Hoy puede ser un tipo en motocicleta en la otra esquina del mundo, mañana el chaval que reparte pasquines en el metro.

Con un poco de imaginación y propaganda cualquiera puede ser nuestro enemigo.

Sólo tenemos que dejarte acertar una sola vez.

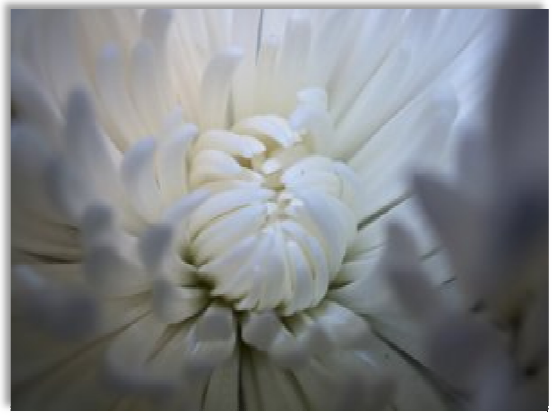
Si reduces cualquier debate a una lucha de voluntades, si todo es un o conmigo o contra mi, no tienes ciudadanos, tienes fanáticos. Cuando nos sentimos amenazados siempre cerramos filas en torno a un cretino con una bandera.

Y así todo es más sencillo.

El verdadero triunfo del Sistema no es otro que este. Más bien sólo es este: su gran capacidad para generar adeptos y adictos de forma sutil e ininterrumpidamente. De modo que no pueda hablarse... de modo que no pueda pensarse en que haya vencidos, sino convencidos. Personas satisfechas son su cometido tan sólo por haber nacido. HC.

Flrs++

Flrs



La partida

Apenas tiene doce años pero ya mueve las piezas por el tablero como todo un James Fischer. Con una mano aprieta el dado y con la otra desplaza las fichas de colores poniendo un dedo regordete de uñas mordidas sobre ellas. Las suyas aparecen perfectamente colocadas en el tablero con la dignidad de una flecha apuntando hacia la victoria final. Las mías se repliegan, luchan y sufren, pero no hay nada que hacer, esta es una partida perdida de antemano, otra más. No me pregunten por el número exacto, Caronte es quien lleva mi balance.

Todos tenemos grabado en algún lugar de la memoria ese momento terrible en que ganas la primera partida en la consola a tu padre, encestas más lejos, o logras llegar hasta casa sin el resollar de un motor diésel en plena agonía. Cuando descubres, en definitiva, que tu viejo es, horrible palabra, mortal. Por suerte para mi pequeña eso no es un problema: su encantadora madre le recuerda cada mañana la clase de imbécil que soy y ella, fiel seguidora de sus consejos, me machaca sin piedad ni remordimientos.

Levanto la cabeza justo a tiempo para ver como ha logrado colar otra ficha en el refugio al final del tablero, la arcadia soñada lejos de las otras piezas depredadoras. En recompensa por su hazaña lanza el dado concentrada al máximo en el ritual de mover sus piezas a lo largo y ancho de la cuadrícula. Al acabar veo las pastillas de colores perfectamente colocadas, a cuatro o cinco tiradas de ganar la partida. Es mi turno…

En ese momento llaman a la puerta de mi despacho, y aparece mi mejor y más fiel general con la guerrera destrozada y el brazo en cabestrillo que asoma patéticamente desde una manga vacía. Ha perdido a cinco de sus mejores hombres, tres coches y un vehículo acorazado para solicitar mi permiso y poder rendirse con dignidad. ¡Jamás¡, exclamo estrellando mi copa contra la pared a dos centímetros de su cabeza. Le destituyo allí mismo y me hago cargo de todas sus divisiones, escuadrones y planes de batalla. Encerrado en lo alto de la guarida del lobo muevo divisiones inexistentes y trazo planes suicidas a cargo de hombres que hace tiempo fueron tragados por el barro del frente. A mí alrededor todos me miran con pena y pasan a mi lado apresurados mientras les grito mi desprecio. Cobardes, desgraciados, la vergüenza de la patria y nuestros antepasados. Mi arsénico, cariño, ¿dónde esta mi arsénico? Cabrones.

Aferro el dado para mi turno y noto las manos sudorosas y el calor creciendo desde mis entrañas hasta el cuello de mi camisa. Me apetece beber un trago largo y pausado con los ojos cerrados. Sólo uno, prometido. Pero es una tarea inútil. En la cocina no encontraré más que un puñado de bebidas y batidos energéticos. Toda la casa es un enorme templo a la vida saludable erigido por cientos de decoradores que han ido plantando sus diseños como una jauría de perros frenéticos paseando incontinentes por las habitaciones. Joder, incluso han puesto un jardín zen en medio del maldito salón. Definitivamente una copa haría todo esto más llevadero, quizás dos.

Miro sin disimulo el reloj lleno de poleas que sujeta la pared y me siento un poco mejor porque ya queda poco para irme, y un cabrón despreciable porque ya queda poco para irme, etcétera, etcétera. En resumen, dos puntos, soy un padre horrible. Pero verá, señor Juez, es muy jodido verse metido en carreras de resistencia cuando uno estaba preparado únicamente para las de velocidad. Es así de sencillo: nunca pensé que duraría tanto. Por eso cuando me ofrecieron todas esas cosas, esas líneas tan rectas y su futuro prometedor brillando al final, nunca se me paso por la cabeza que aquello se convertirá en apretar los dientes y dejar el destino en manos de las fuerzas Imponderables, que con sus enormes mayúsculas y sus sabios consejos nos llevan a sitios a los que nunca nos preguntaron si queríamos llegar. Un día cedes a ese pequeño resquicio llamado normalidad, y ahí se abre una fisura enorme por donde pasa toda una vida que no sientes como algo tuyo, pero que tampoco sabes rechazar. Como esos paquetes de desconocidos que llegan a tu casa y no puedes devolver por eso, porqué llevan tu nombre escrito en lo alto. Eso ha sido para mi la vida, algo que he aceptado sin preguntar.

Y la partida se acaba, y ella me mira a los ojos sin miedo, con una mirada clara e impoluta. Y yo me encojo dentro de mi camisa y me siento aún más pequeño, apenas un punto insignificante parpadeando sin gracia, casi casi al borde la extinción, en medio de un Universo demasiado grande para soñarlo. Quiero pensar que ella es nuestra pequeña esperanza. La que nos sobrevivirá y será mucho mejor de lo que fuimos sus padres, tan mezquinos y egoístas. Si hay alguna esperanza debe estar ahí, en esa mirada sin miedo que es la valentía suicida de quien ve su vida como un folio aún sin escribir.

Y es esa pequeña esperanza, Señor Juez, de lo poco que me hace levantarme cada mañana y enfrentarme al tipo con quien comparto las camisas.

El Dios de los muebles de pino

Hasta donde se pierde la vista unas manos industriosas han erigido un altar de troncos en ofrenda al Dios de los muebles de pino.

Cada mañana, hombres rudos de pocas palabras armados con brillantes herramientas, van dejando un reguero de ramas partidas y surcos que nos llevan hasta una fila de árboles. Si los miras desde lo alto de la colina esos hombres y sus herramientas se asemejan a hormigas de terribles mandíbulas que van apilando los troncos con paciencia infinita hasta formar enormes trincheras a ambos lados del camino. Listos para las pinzas de acero que, unos días más tarde, los elevarán sin esfuerzo para llevarlos lejos del lugar donde les vieron nacer. Su destino final es una fábrica en las afueras donde perderán los últimos restos de su personalidad para transmutarse en sillas, estanterías, o cualquier otra cosa que un simio evolucionado pueda imaginar de un trozo de madera.

Al otro lado de la colina esas mismas manos, o unas muy parecidas, han plantado unos diminutos esquejes, pinos en potencia, que algún día sustituirán a sus compañeros caídos en la desigual batalla,

Es la contabilidad suicida y depredadora de una raza a la que un día dejaran de salirle las cuentas.

Una larga espera

En el primer fotograma aparezco arrastrando una maleta-ataúd por terminales desiertos. Soy una niña maleta, transmutada en mujer desorientada que pregunta con un montón de indicaciones y planos indescifrables pero ninguna explicación real. Si pasamos los fotogramas a toda velocidad veremos trenes entrando y saliendo sin descanso de andenes abarrotados, y taxis idénticos que me depositan en edificios acristalados con nombres de poetas y pintores muertos a punto de convertirse en olvido. En alguna de esas torres de cristal y acero me aguardan, con la paciencia de un millar de pirañas zen, cientos de papeles crispados entre las manos de gente que grita buscando en el volumen la razón que la propia razón les niega.

Me deslizo a una sala acristalada y me dejo caer en la silla más cercana a la puerta. Aún no estamos todos, me informan señalando hacia una pantalla negra donde la videoconferencia se niega a mostrarnos la otra esquina del mundo. A mi alrededor todos se mueven en una danza de marionetas intentado parecer ocupados en esta representación para la que no tengo papel, y oco a poco voy deslizando la silla hasta un rincón donde doy caladas a un cigarrillo con sabor a lluvia. Desde mi nueva posición puedo ver al informático sujetando un puñado de cables como si fuese la espada de Excalibur mientras a su alrededor ponderados hombres de negocios se mesan los cabellos.

La vida, mientras tanto, nos sepulta tras una larga espera de ese algo que no vemos y que se encuentra al alcance del salto que no damos (1) .

Al final del día la mujer maleta es arrojada por la marea a la puerta de un hotel lleno de japoneses parapetados tras sus canones y sus nikons al límite de la extenuación. La niña maleta elige un ascensor al azar y recorre pasillos sin rumbo memorizando las salidas de emergencia hasta llegar a una puerta con su número en lo alto. Lanza un suspiro de alivio, y se deja engullir con los zapatos en la mano por una moqueta que es un mar en calma de un color azul infinito.

La televisión me enseña porno suave para ejecutivos cansados, y la clave WIFI resiste todos mis esfuerzos. Por suerte la cerradura del minibar cede al segundo intento y paso las siguientes horas creando cócteles imposibles con una aceituna en lo alto. En algún momento de la medianoche salgo de mi habitación dejando un reguero de botellas vacías y recorro el pasillo a medio vestir, descalza y un poco borracha. Lo sigo a tientas guiada por la luz de una ventana que vislumbro al final y que se abre en un paisaje urbano de luces y coches cruzando a toda velocidad calles rectas y abandonadas. No veo rastro alguno de personas, la cuidad nos ha engullido a todos con sus falsas promesas de supervivencia.

Y allí, asomada a esa ventana, la niña que cuenta estrellas se acuerda de ti, quizás apoyado en esta misma ventana pero en otro tiempo y otro lugar perdido ya para siempre. La niña se asoma peligrosamente a la barandilla en busca de estrellas fugaces brillando entre la polución, y la mujer en que se convertirá le reprocha con cariño su estupidez porque, dice, madurar es aceptar las perdidas para incorporarlas al difuso balance de la experiencia.

La vida sepultada en una larga espera, y para cuando nos damos cuenta ya es tarde para todo y todo es para nada.

(1)(Parafraseando a Cortázar, claro).

Extraños

Viajas en trenes de alta velocidad. Rápido. Todo ocurre a 300 km/h. Sin tiempo para pensar. Sin tiempo para contestar. Sin tiempo. En las revistas de ***moda*** los invitados a la cena aparecen sin despeinar. Tú regresas a casa con la camisa fuera del pantalón y el nudo de la corbata torcido. *"Welcome"*, dice el felpudo en la puerta de una casa que no es la tuya. Continúan ocurriendo cosas detras de cada puerta. Miras hacia otro lado. Finges que no te importa. Pero te importa. Mucho. Casi tanto como te duele. Días a velocidad de crucero. De vuelta, anochece en esta ***ciudad*** al Este. Como cuando partiste. Como cuando atranqué puertas y ventanas con la intención de no volver a salir. Ya sabes, como todos los días cuando regresamos a casa y ya no nos reconocemos mutuamente.

958

Saldos

Decía Bolaño que la vida nos puso a todos en nuestro lugar, o en el lugar que a ella le convino… después nos olvidó… como debe ser… Y no parece demasiado fácil, a estas alturas del sainete, existir condenado al eterno recuento de monedas de curso clandestino… Todo me suena a infumable falacia… lo que leo, lo que escribo, lo que veo… Pero no pediré explicaciones, claro, después de tantos años de no cuadrarme las cuentas, complicado que soporte una auditoría, ni siquiera una inspección, de manera que no fiscalizaré con la esperanza de no ser fiscalizada, con la esperanza de que los objetos que me rodean mantengan el mutismo de los fieles sirvientes…

Pero, por si acaso, y antes que desde ese rincón que tú sabes y que solemos evitar, surja la jodida serpiente que aún no he conseguido amaestrar, pediré hacerme perdonar hasta las faltas que ya han prescrito. Ya sabes… por mucho menos ardió Roma…

Románico (segunda parte)

Acabamos la visita y salimos al exterior de la iglesia por una pequeña puerta que desemboca en un cementerio de lápidas vencidas y coronadas por esa pátina verdosa que da el paso del tiempo y el abandono. Me alejo del grupo desperdigado por la entrada y recorro los montículos, leyendo distraído los nombres y las fechas que hablan de un mundo más pequeño y manejable. Un mundo donde los mapas acababan en abismos.

- ¿Busca a alguien? Algún antepasado, ¿quizás? Al girarme veo un párroco enorme embutido a duras penas dentro de un traje perteneciente a alguna de la miríada de religiones nacidas entre los escombros de las últimas guerras.

Le contesto lo poco probable que es eso. Y, para evitar el silencio que hemos creado, le tiendo un cigarrillo que acepta y complementa con un anticuado mechero de piedra decorado con un logotipo en relieve que reconozco al instante. – Vaya – le señalo el dibujo – estuvo usted allí. Él

sigue mi mirada hasta el encendedor y sonríe. – Si, división aerotransportada. Primeros en saltar… – … últimos en marchar – concluyo sin esfuerzo recordando de golpe todos mis saltos en medio de la noche volando fuera del radar.

El levanta la cabeza sorprendido y nos miramos sin decir nada. Quizás porque no haya nada que decir, o porque es más sencillo refugiarnos en nuestros recuerdos mientras elevamos la vista hacía los acantilados devorados por el mar. – Joder, sí que es pequeño el mundo – murmura al fin.

Da igual donde vayamos o en lo que nos convirtamos. Siempre hay algún trozo de nuestro pasado dispuesto a perseguirnos.

Pero eso no se lo digo a él. Sólo lo digo en voz alta.

Aunque quizás, de todos los agujeros que hay en el mundo, este no sea un mal sito para encontrar a Dios.

Y nada más decirlo pienso si será cierto que puede existir un Dios o alguien con algo parecido a un plan. Un maestro relojero con una libreta sucia llena de fechas y tachones que son nuestras vidas, y que cada mañana se encarga de revisar y reescribir para adoptarlo a un inmenso guión que es mitad broma mitad tragedia llamado Universo.

Él mira por encima de mi hombro, lejos, elevándose por encima del cementerio y sus muertos anclados a tierra – Allí encontré un montón de respuestas y aquí intento encontrar las preguntas. Así de sencillo – Al decir allí señala al exterior, hacía el mundo real: Nuevo Méjico, Haití o cualquier otro lugar donde le ordenase luchar el honor, la patria. El Semper fi que parece posesión exclusiva de cualquier ejército del mundo. Cuando dice aquí lo hace tocándose el sobrecuello que cuelga arrugado y sin fuerzas sobre su camisa.

Parece querer añadir algo pero nos interrumpe el disparo a bocajarro del flash. Era una buena foto, dice ella a modo de justificación. Estamos a pleno sol y no es necesario disparar con luz artificial, pero ella parece feliz de usarlo. Observo divertido como se miran desde la distancia como animales sorprendidos en la misma jaula. Al final, el párroco decide presentarse y le tiende una mano enorme que podría partirla por la mitad. Desde mi posición puedo ver como ella flexiona ligeramente las piernas hacia atrás preparándose para placar el golpe, pero en el último instante parece recordar donde se encuentra y entrega su mano que desaparece entre las del cura junto una sonrisa forzada. Ha sido un momento de comunión del que todos hemos sido conscientes pero del cual preferimos no decir nada.

Cuando vamos hacía el autobús enciendo el AP y reviso las últimas entradas. Casi todos son avisos del hotel anunciando las actividades de mañana junto a los extractos de las tarjetas. El último no; el último es un aviso de la central que intenta sonar desenfadada a pesar del lenguaje burocrático y la ausencia de firma:

10 días para regresar. Os esperamos.

No se puede discutir con una máquina, pienso al guardarlo en el fondo de mi bolsillo. Aunque no estoy seguro de si ella opinará lo mismo.

Románico (primera parte)

El tablero mide alrededor de un metro de largo, y en su interior unas manos voluntariosas han grabado la silueta de un grupo de personas; casi todas hombres, todas de perfil y distintos tamaños, y todos portando instrumentos primitivos que elevan al cielo. Parecen los hinchas enervados de alguno de los equipos de fútbol cuyas imágenes nos llegan por satélite a la habitación del hotel.

Es Románico, nos saca de dudas el guía parapetado tras una serie de fechas lejanas que nos hacen sentir un poco más pequeños y extraños. Como si ese puñado de efemérides no fuesen más que piezas de un puzle incompleto cuyo único fin fuese representar algo que no hemos visto en su totalidad.

A mis espaldas siento el zumbido del motor eléctrico de su cámara en un empeño casi suicida por calibrar la foto. Nos han dicho que no podemos usar flash de ningún tipo, y la cámara parece sentir en lo más profundo de sus circuitos la imposibilidad de sacar una foto correcta en medio de la oscuridad de esta iglesia. A ella eso no parece importarle, y lanza fotos con despreocupación sin apenas mirar la pantalla. Son sólo recuerdos, diría si le preguntasen, y lo importante es lo que sientes cuando vuelves a verlos, no la precisión técnica del resultado.

Dejamos al retablo descansar en su inmutabilidad de siglos y nos desplazamos hacia un lateral, aún más oscuro, donde nuestros pasos retumban sobre lápidas grabadas en piedra. Caballeros templarios que obtuvieron el dudoso honor de ser enterrados aquí al volver de Tierra Santa a

cambio de toda una vida de servicios sin hacer preguntas. El guía parece cansado y sostiene con desgana su peso meciéndolo sobre un pie y el contrario, pero sus ojos parecen animarse cuando nos dice lo afortunados que somos de estar aquí. Al parecer fantasmas con nombres de grandes corporaciones llevan siglos comprando la deuda de la vieja y postrada Europa que ya sólo puede pagar cediendo los derechos sobre sus iglesias y castillos. En unos años estos lugares serán parques temáticos donde millonarios y grandes directivos con oficios y ropajes de época, pero todas las comodidades, fingirán ser reyes y caballeros, prostitutas y condesas, quizás en un intento desesperado por escapar de sí mismos.

Dentro de poco la única visión que tendremos de esta iglesia serán las reproducciones en plásticos polimerizados fotoreactivos y cubiertos de hologramas, cortesía de Kodak, que reproducirán hasta la última grieta de la iglesia real que se encontrará a cientos de kilómetros. Es un proceso cada día un poco más irreversible, porque Europa sólo parece tener capacidad de generar más deuda y ahogarse en guerras provocadas por aquellos que dicen ser sus salvadores.

El guía jadea sin aire tras su arenga, y añade elevándose unos centímetros sobre sus talones, que toda esa modernidad jamás podrá reproducir esa sensación que nos oprime el corazón al cruzar la portalada, o el sonido de nuestros pasos sobre la roca desnuda ni, por supuesto, aquí abre los brazos para abarcar toda la superficie de la nave, esta luz que parece moverse con vida propia. Es obvio que nuestro timonel sabe poco de tecnología y menos aún sobre el conformismo de sus congéneres.

escapistas

A veces me gustaría que todos mis viajes fuesen de ida. La vida como una búsqueda, como una constante huida de estrellas fugaces en medio de la noche. Los escapistas perfectos, condenados a burlar una muerte segura cada noche con una sonrisa cincelada en los labios y ante un público que sólo espera verlos caer. No por amor al peligro. Mucho menos por el dinero o la fama.

Hacer las cosas sin un plan B ni argumentos. Hacerlas porque no puedes dejar de hacerlas.

Maneras de vivir, formas de evasión.

Escapistas perfectos.

ÉI

Le gustan las manzanas, Paris, y *"time after time"* de Cindy Lauper. A veces se aburre y, no contento con ello, lo escribe en su moleskine y luego me deja leerlo. Yo cuento hasta diez, le miro, sonrío y me pregunto porqué coño todos los guapos de mi vida han de ser cortos. Porqué. Porqué tiene los ojos del color de una de esas mentiras preferibles a cualquier verdad, y una sonrisa a medio camino entre la prepotencia y el azul del cielo de Malibú. Yo lo sé. Sé que entre aeropuerto y aeropuerto, compra revistas de moda y sacia su vanidad mirando sus propias fotografías. Lo sé. Sé que es cristal de bohemia, gemelos de platino, gama de alta cilindrada. Lo sé. Sé que algunos días me mira y ve en mi lo que podría llegar a ser. Quizás. Lo que no soy. Sé que no entiende nueve de cada diez cosas que digo, que le aturde que siempre tenga una teoría para todo, una explicación. La explicación. Que confía inocentemente, de un modo ciego, y se deja caer en mis manos como la más delicada pieza de joyería. Sé que sus ciento noventa centímetros jamás albergarán una mente preclara, un genio de las finanzas o de las letras. Sé que sus labios de polo de fresa no pronunciarán nunca versos de Neruda. Lo sé. Sé eso de él y mucho más pero… ahora, aquí, mirándolo dormido sobre la cama… francamente, queridos, todo eso me importa un carajo.

el rebaño

Sus hijos eran su orgullo y toda su esperanza. Casi tanto como su rebaño, unas treinta cabras famélicas que retozaban entre la basura esquilmando el fruto de aquella tierra baldía.

Así había sido siempre su vida, un puñado de sencillas reglas que fueron pactadas con los dioses cuando el mundo aún era joven, y que han ido pasando a través de generaciones en forma de historias contadas alrededor de las hogueras. Rituales que el paso del tiempo había convertido en polvo, en desmemoria. El cada vez más reducido grupo de ancianos era seguramente la última generación en seguirlos. Hasta sus propios hijos habían proscrito a los dioses de la memoria. Ahora se postraban ante un altar en forma de televisión desde el que no dejaban de hablar de una utopía llamada Europa. Una prostituta indeseable que lo pide todo sin darte nada a cambio. Ese era el futuro de su aldea, un puñado de hombres sin memoria que sueñan con escapar de allí mientras se matan por vestir camisetas con los nombre de equipos de fútbol que juegan en ciudades desconocidas.

Cada mañana, sentado en el montículo desde el que se divisa la aldea, ve subir el humo sagrado de la pequeña choza de adobe que sirve de templo, y comprende que los dioses han sido generosos con él. Su rebaño, un hogar, que es apenas un diminuto agujero en la tierra cubierto con hojas de palma, y ocho hijos, todos varones, fuertes y vigorosos. Esa era su recompensa. Incluso cuando vio nacer aquella niña maldita que había matado a su madre al nacer su fe no flaqueo; sabía que los Dioses sólo trataban de ponerlo a prueba como han hecho con los hombres desde el principio de los tiempos. Por eso la había acogido negándose a entregarla a cualquiera de las mujeres sin hijos de la aldea. No quería perder el favor de los Dioses y sabía que ocho hijos bastaban para sacar adelante el rebaño, y que aquella niña pronto tendría entre sus piernas la fuerza que le faltaba en los brazos. Ese día podría ofrecerla en matrimonio a cambio de una dote que hiciese aumentar el número de cabezas del rebaño. Si, los Dioses siempre cubren con grandes dones a quien sabe cumplir sus deseos.

Lo que no podía saber este humilde pastor es que los dioses juegan caprichosos con el destino de los hombres. Gran palabra esa, hombres, que para los dioses apenas es nada. Un instrumento para su diversión, un perro al que lanzas una y mil veces la pelota para que la traiga siempre con el entusiasmo de la primera vez.

Sólo había una cosa que escapaba a su control, su hija, ese tesoro que el había guardado para asegurarse la vejez, se iba convirtiendo lentamente en mujer. Primero una sonrisa picara que apenas mostraba, pero que cuando nacía en la comisura de su boca hacia a hombres y mujeres olvidarse de su misera existencia. Por un momento desaparecía el sol inclemente, el ganado muerto de hambre y las ruinas de una vida desdichada.

Con el tiempo su cuerpo fue cogiendo las formas de una preciosa vasija que hacía a los hombres girarse y mirarse entre ellos divertidos, convertidos de pronto en niños. Aquello le asusto como nunca le había asustado nada, sintió el abismo ante sus pies y supo lo que pasaría sin necesidad de brujos ni hechiceros...

... Un día aparecería aquel hombre blanco, el dueño de los edificios enormes que brotaban a pie de la playa llenos de turistas, y se fijaría en ella. Hablaría con él, claro, sólo para hacerle ver que no existía alternativa alguna a sus deseos, y se la llevarían en uno de aquellos vehículos que rugen y se mueven sin ayuda . A él le prometerían grandes riquezas, incluso la posibilidad de vivir allí, en aquellos templos de color blanco que amenazaban orgullosos el cielo. Pero nada de eso sería cierto, lo había visto muchas veces. Se la devolverían al cabo de unos años, estropeada, manchada para siempre, y rechazada por todos los hombres. Sólo una boca más para alimentar...

Mientras la lluvia de golpes cae sobre ella, el pobre pastor pide a los dioses que guíe con pulso firme a su vara para poder deformar aquel rostro perfecto, pero no mucho, no quiere matarla. Quiere destruir su hermosura, lo justo para no perderla, para que deje de resultar atractiva a los ojos del diablo blanco. Quizás ya no pueda casarla con un hombre poderoso, piensa mientras la cadencia de sus golpes cobra ritmo de ritual, pero siempre hay hombres mayores que ven cerca el fin de sus días y necesitan mujeres jóvenes para traer descendencia y evitar que su estirpe se borre maldita de la memoria de los dioses.

Abajo, impotente ante los golpes, ella oye crujir sus huesos y llora con una resignación que no se aprende en ningún lado, la misma con la que antepasados suyos lloraron ante el nuevo mundo... Arriba, los dioses observan complacidos la escena y pronto la olvidan. Al fin y al cabo son dioses y tienen un mundo, millones de criaturas, creadas para su entera diversión.

Madriz

METROPOLIS

Metro
Banco de España

MUSEO
THYSSEN-BORNEMISZA

PUERTA DE LOS JERÓNIMOS
ACCESO CON ENTRADA
JERÓNIMOS ENTRANCE
ACCESS WITH TICKET

M-UY
2874

.. nada más que una tanda de imágenes que me daba pena dejar tiradas en el cajón como si nunca hubiesen existido...

sigloveintiuno

En cada esquina acecha el barullo de todo lo que debo echarme a la espalda y todo lo que me convendría olvidar. Mi capacidad para distinguir ha menguado vertiginosamente con los años. Eso y todo lo demás. No hay tiempo. Ya no, querido. El reloj me mira con cara de pocos amigos. Me doy al rímel y a los milagros en frasco antiedad, y me voy mimetizando con el ácido relumbre de una bonita mentira que se contempla en el espejo. Mi perro mira desde el balcón hacia la otra orilla de la tarde. No espero a nadie. 1940. Ya no espero a nadie. Hago pruebas para televisión donde buscan a gente joven y guapa...ya sabes, por el placer de decirles NO. Ya puedo vivir sola. Puedo enviarme un correo y prepararme una romántica cena. Soy la única superviviente. La única exiliada en mi paraíso demente.

Marilyn

Marilyn se ha suicidado; sujeta el teléfono ente sus manos y sus ojos miran mudos hacía el techo, quizás en busca de una señal superviviente entre las manchas de pintura. Todo en su figura parece rígido y estático como el movimiento congelado que proyectan los cuadros de los museos. Un perfecto Rembrandt en el que la oscuridad del fondo es acuchillada por los destellos deformados de la lámpara sobre la mesilla, dejándonos vislumbrar a medias el cuerpo tirado en la cama. Una macabra escena de la caverna donde sólo si vencemos el miedo primigenio y nos acercamos al tálamo podemos ver la muerte tomando posesión del cuerpo. Borrando lentamente el color mientras el cuerpo se abandona a lo inevitable y los músculos se rinden, por fin, dejándonos a la vista unos diminutos incisivos con una mueca burlona para recordarnos que nada hay de noble en el negocio de morir. Hay algo de macabro y absurdo, un poso de tristeza flotando en la escena, pero no puedo evitar que este lienzo me siga pareciendo hermoso a su manera rota y vencida.

Al otro lado el Negro permanece firme con la elegancia de un bloque de hormigón. Menea su enorme cabezota y se pasa la mano por una mejilla que siempre parece a medio afeitar. Se encuentra fuera de lugar y todo en su cuerpo lucha por estar lejos de aquí. El Negro es de esas personas que han nacido para pasar por la vida como una bala de cañón.

Nos miramos incómodos cada uno en su orilla de la cama, y tras un rato a jugar a sostenernos la mirada veo como se encoje de hombros recogiendo en ese simple gesto la inevitabilidad de todo aquello. Como si el ser llamados para velar el cadáver de una prostituta fuese algo normal en el orden inmutable del Universo.

Al final deja su posición de feo ángel guardián junto al cabecero y le veo moverse con cuidado por el diminuto apartamento. Abriendo y cerrando cajones, husmeando entre los papeles de la mesa. *Ten cuidado, Negro,* le digo, *andas dejando tus huellas por todas partes*. Pero no me hace caso y se limita a abrir los brazos proclamando su inocencia. Tiene la fe ciega en la justicia de quien siempre ha sido condenado con toda razón en todas y cada una de las veces que le ha tocado ponerse ante un juez.

Cuando le veo recoger el bolso intento detenerle porque no es elegante robar el bolso a una mujer muerta, y menos aún si has compartido el lecho con ella. Pero antes de decir nada me entrega una tarjeta de identificación a nombre de Marisol Remedios. Le miro y él me espera

con una ceja levantada. *No jodas, Negro. ¿De verdad pensabas que se llamaba Marilyn?* El sonríe y vuelve a encogerse de hombros. Quizás no se lo hubiese preguntado nunca.

Marisol Remedios, oriunda de un pueblo de Plasencia pequeño y miserable. La enfermedad del viajero creciendo en tus entrañas, esa absurda seguridad de que más allá de los límites del pueblo existe un paraíso, el kibutz soñado. Un novio alto y guapo en la capital que te promete el cielo, y te pone en la calle cuando se cansa de ti. Esa pequeña mentira de la felicidad brillando en lo alto como un faro inalcanzable, hasta que bajas los brazos y dejas de soñar, simplemente sobrevives entre días que se despiertan idénticos. Una historia tan poco original que harían falta los nombres de mil protagonistas para escribirla. Tantas como personas que cada año son tragados por esta ciudad para no volver a ser vistas jamás.

Empiezo a comprender porque estamos aquí, en su funeral, en el último y definitivo paso. Ese que ella no se atrevía a dar en solitario por más que la vida nos haya enseñado de manera tozuda que lo estamos, inevitablemente solos. Ella necesitaba la presencia de sus dos últimos amantes para velar su cuerpo, para despedirnos o incluso, pienso de manera absurda, para avisarnos sobre el devenir de nuestras vidas. El cuerpo de la cama como señal de aviso. El espíritu de las Navidades futuras que te pilla con los pantalones bajados dispuesto a celebrar en solitario la llegada del nuevo año. Una botella en medio del océano avisando a navegantes y aventureros del futuro que les espera.

Me giro y veo al Negro mirando extrañado mi figura inmóvil. *Quizás deberíamos largarnos de aquí*, digo volviendo de mi letargo. *Ir a una cabina, llamar y dejar que la policía lo invada todo*. Me mira sin decir nada y dudo si me habrá escuchado, pero le veo mover su fea cabeza llena de cicatrices y golpes. *No*, dice finalmente, *nunca en mi puta vida he hecho nada noble ni valiente, y no pienso empezar ahora, pero si ella*. Aquí señala hacia la cama. *Quería que estuviésemos aquí, aquí nos quedamos hasta que venga quien tenga que venir.* Para reafirmar su discurso se deja caer en el sofá que suelta un S.O.S en forma de nubes de polvo mientras cruje al límite de su resistencia. Noto que ha hablado en plural, pero no es una amenaza, es el acta fundacional de una sociedad que acabamos de fundar esta misma noche. Decido imitarle y me encojo de hombros sintiendo al hacerlo como la noche y el cansancio golpean mi cuerpo vacío. Me hago un hueco a su lado en el sofá y entre los pliegues de la chaqueta busco el teléfono móvil, marco los tres dígitos de emergencias y se lo paso:

Habla tú, Negro, que ya te conocen y tienes más confianza.

Crisálidas

Cuando llegan estas fechas y el mercurio decide suicidarse en sus tubos de cristal mi mundo se llena de gente gris caminando por calles atestadas, niños en el parque patinando sobre superficies de plata, y miles de crisálidas refugiadas al fondo de los armarios esperando el momento de su revolución.

En la oficina los radiadores renquean y tosen intentando acercarnos algo del fuego primigenio tras despertar de un descanso geológico. Ella se pone montones absurdos de ropa y se pasea entre las mesas enfada, golpeando tuberías y frotándose las manos. Maldice al clima, a los dioses y, por encima de todo, a su jefe, que le ha prohibido el calefactor que escondía bajo la mesa tras dos descuidos que acabaron con los bomberos atravesando las puertas con sus hachas y toda su masculinidad.

Es pequeña, casi etérea, de esas personas que parecen estar siempre rumbo a un sitio distinto donde nadie se extrañe de su tristeza. Cuando se cansa de maldecir viene a mi sitio y me abraza buscando algo de calor. Esconde la cabeza bajo mis brazos y noto el olor a vegetación y madera podrida de su pelo mientras me dice que tiene frío, que siempre tiene frío y ya casi no puede recordar el calor del Verano. Entonces cierro la hoja de datos de la pantalla y busco todas las fotos que hice hace meses: niños, playas, el sol en lo alto… ella me lo agradece con un beso en la mejilla que es roto por una tos violenta que parece a punto de partirla en dos.

A veces ella te dice que nunca hace nada bueno, que el mundo será un gran lugar cuando gente como ella desaparezca, y entonces sientes que ya eres dueño de toda esa tristeza que no tiene nombre ni apellido, pero que aceptas desde ese instante como algo tuyo de lo que ya no te puedes desprender.

Y nunca sé que decir cuando la veo cada vez más pequeña, cuando viene los Lunes con el alma rota y los ojos escondidos en fosas abisales y noto su cuerpo temblar entre gente en mangas de camisa, o cuando su pulso es incapaz de acercarle un cigarrillo a los labios secos y partidos. Porque en el fondo estamos en esa difusa línea que nos permite preguntar por el fin de semana, compartir algún café o recordar el cumpleaños, pero no nos acerca lo suficiente para mostrar el flanco débil de nuestras vidas.

Y sólo tengo un puñado de fotos ondeando a modo de bandera para decirte que estoy aquí, a tu lado.

quiero que me concedas...

... el último baile...

Ella es la promesa de una vida amable y sencilla. Ha encontrado su pequeño rincón en medio de esta gran broma, y lo defiende con la dignidad de quien no tiene otro asidero y corre el riesgo de despeñarse si mira hacia abajo. Y es bonita, y me mira con ojos tristes mientras me agarra y me lleva hasta el centro del salón. Nos movemos con torpeza entre otros muchos como dementes relojes de cuerda, cada uno con su ritmo, sus horarios y sus razones, pero de alguna manera felices, con esa felicidad ingenua que es mitad felicidad mitad mentira sostenida por el armazón de los días y el loctite de la rutina.

Ella me mira y me susurra un tonight will be fine, y quiero creerlo con todas mis fuerzas. Agarrarse a ese suave NoPensar y abandonar por un instante esa enorme cacería que es la vida con las fauces de la desidia siempre a dos centímetros de rasgar la carne. Huyendo, buscando a tientas una puerta con alma de salida y un back to the eden en lo alto con enormes letras de neón. Un dulce cerrar los ojos y abandonar la Búsqueda de un norte que quizás no exista, o buscarlo en la filosofía y sus sencillas recetas de living room. Philosophia biu kybernetes, que no es plan de estropear las cosas por mucho pensarlas. Mejor dejarse mecer por esta suave música de ascensor y enterrar mi cara entre su pelo. Si, así todo estará bien, tonight will be fine.

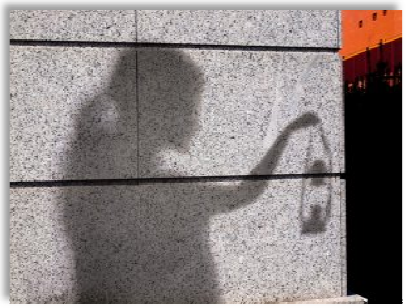
Y, cuando ya casi te has convencido y has hecho tuyas todas las frases de otro. Cuando ya, por fin, eres capaz de decir lo que quieres pero no te atreves a decirlo. Ahora que eres un chico bueno y entregas tu mano a los mayores, ahora, justo ahora, aparece la duda, esa vieja prostituta vestida con sus mejores galas, y te besa con unos labios rotos de carmín y tabaco, y todo tu cuerpo tiembla porque sabe que ahora le perteneces, que no hay vuelta atrás y tu camino desde ahora será el camino de los que dudan, de los que caminan sin dejar de mirar atrás pero no por eso cesan en su caminar... back to the eden.

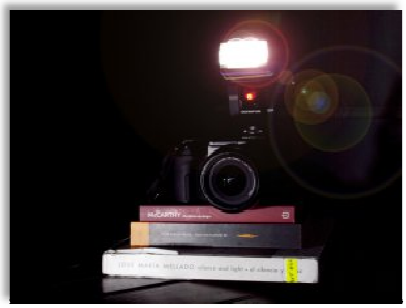
A veces ocurren cosas

Empiezan a ocurrir cosas. Ocurren cosas continuamente y yo soy incapaz de impedirlo. El botones del hotel, apostado en el dintel de la puerta de entrada, levanta de repente la vista para vernos pasar. Y yo soy incapaz de impedirlo. Ocurre y ya está. Caminamos como Jesucristo sobre las aguas. Zapatitos *maison dior*. **Little black dress**. Es tan delicado como el equilibrio entre la verdad y nuestra verdad, entre la realidad y nuestra realidad. Y yo no logro hacer como si nada. El taxista espera. Observa, sopesa, mira, escucha. Escucha a Bruce Springsteen. Mira unos postit con números de teléfono. Quizá de alguna amante. Quizá el nuevo teléfono de su madre. La vida trepita ahí afuera. Él también lo sabe y sopesa el camino más largo para conducirnos al restaurante que he elegido. A ratos observa de soslayo a través del espejo retrovisor tus brillantes gemelos de Bulgari. Te aburres. Todo el tiempo estás aburrido. El mar es de un gris imposible pero… tú te aburres. Y yo no logro hacer como si nada. Bailo en la cuerda floja. Como la protagonista del cuadro de Kees Van Dongen, me deslizo sobre el delgado canto de la tarjeta de crédito que nos une. Tan fino como mis dior de aguja. Y mi corazón bom(bom)bea y salta y trepita y se estampa contra el suelo como el coyote de los dibujos, levantando una polvareda tremenda que ciega los ojos de todos los comensales. De un tiempo a esta parte, ando peligrosamente excitada por ahí. Pero son las dos de la tarde. La hora del arrepentimiento. Soy una señorita exquisitamente vestida. Sé disculparme sin sentir ninguna clase de remordimiento. Ocurren cosas continuamente y yo soy incapaz de impedirlo. Ya eres la foto de un hombre más en mi coleccionable de tipos que me han llevado a restaurantes caros. Y lo que es más divertido… de tipos que nunca me lo perdonarán.

Feliz 2010

fiat lux





Cuando la fotografía era para mí algo abstracto, mitad alquimia mitad ciencia, pasaba las hojas de las revistas con ojos alucinados soñando sin saberlo con estar en otros lugares, lejos de mi barrio lleno de cuestas, del colegio con la fachada verde al final de la calle, de mis padres... Lejos, en definitiva, de mi vida. Me fascinaban en especial las del mundo de la moda llenas de personas perfectas con ropas increíbles. No podía concebir que la ropa regalada o heredada para la que nunca pidieron mi opinión pudiese pertenecer al mismo planeta que las ropas de aquellas revistas. El "pobres pero honrados" debe ser la frase más conformista y estúpida de la historia de la humanidad.

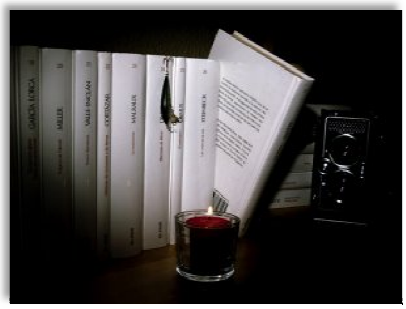
Con el tiempo me hice con una indomable cámara rusa, y mientras intentaba doblegar a un absurdo fotómetro empezaba a mirar las fotos con otros ojos, fascinándome entonces no tanto con las personas que posaban como con la luz que lo invadía todo. No entendía cómo podían salir tantos detalles, como el sol, por arte de magia, parecía estar en todos los rincones del papel. El tiempo me hizo ver que aquello era mentira, que esa luz la venden en pequeñas cajas de metal que funcionan como las lámparas mágicas de los cuentos. No hay ningún arte en ello, los artistas, los pocos que quedan a la altura de ese nombre, son aquellos que logran doblegarla. Aquellos que la hacen salir de sus cajas para cogerla por el cuello y encauzarla hacía el lugar donde marcan sus deseos. Esos pocos elegidos son los que saben contar historias con la luz, o su ausencia, y los demás somos meros copistas de sus ideas sin mayor mérito que el esfuerzo de seguir sus pasos.

Cuando terminaba de escribir estas líneas uno de los profesores ha cruzado por mi lado haciendo un precario equilibrio con las revistas y un café encerrado en una cárcel de plástico. Me ha saludado con un movimiento de la cabeza y, cuando desaparecía de mi visual, se ha

girado y me ha preguntado por el contenido de estas letras. Mi respuesta, cosas, ha debido llamarle la atención, porque se ha sentado a mi lado, ha estirado las piernas, y hablando para sí ha dicho: vaya, así que quieres ser escritor. Mi silencio ante esa frase ha debido sonarle como una respuesta porque entonces ha levantado la cabeza y me ha dicho que eso no era posible. No puedes ser escritor y fotógrafo, si haces eso intentarás llenar con fotos allá donde no lleguen tus palabras, y con letras donde no puedas obtener una buena foto. Nunca serás bueno en ninguna de las dos cosas. ¿No lo ves?

Hace mucho tiempo escribí algo en mi viejo cuaderno aunque no creo que fuese mío: "Al final es cuestión de tiempo, todos nos morimos. Y la meta no es vivir para siempre, la meta es crear algo que (nos) (sobre)viva para siempre"

Amén.



invierno / otoño / 09

De pequeño creía que las hojas caídas en otoño eran estrellas expulsadas de los cielos y condenadas a expiar sus crímenes en la tierra. Que peor condena para una estrella, pensaba, que verse atrapada en la rutina de nuestras vidas terrestres.

En ese mundo imaginario de mi infancia, las estrellas volverían algún día a su lugar y brillarían con fuerza en los cielos para mí, el chico que se dedicaba a recogerlas y secarlas entre hojas de periódicos ante la mirada extrañada de sus padres. Sólo guardaba las más hermosas, aquellas que me llamaban en susurros desde la suciedad de la acera.

El diagnóstico, joven, es muy sencillo: De pequeño era usted mucho más estúpido, ingenuo si lo prefiere... Cierto, pero era, a la vez si eso es posible, o quizás sólo sea posible así, extrañamente feliz. Como si todo ese ABC de la supervivencia, esa macana del orden y la geometría de las vidas perfectas sólo sirviesen al final para eso, para dejar de soñar con estrellas y no ver otra cosa que hojas sucias aplastadas en el asfalto.

aniversarios

Siempre me han gustado las películas de Hollywood, las románticas no las otras. Ya sabéis, esas donde él siempre es hermoso, y ella tiene la sonrisa de quien encuentra cada mañana el premio gordo al fondo de la caja de cereales. Ellos se quieren, pero aún no lo saben. Uno de ellos tiene problemas imposibles, pero el otro insiste en que el amor todo lo puede y nunca se da por vencido. Son mejores de los que seremos nosotros en todas nuestras vidas, porque nunca buscan las soluciones sencillas. Quizás por eso me gustan, me recuerdan lo poca cosa que soy.

Eso es lo primero que he pensado al despertar esta mañana, en las películas; eso, y el silencio de la casa. Me termino de incorporar en la cama intentando no despertar al bulto dormido al otro lado que se retuerce en sueños abrazado a la almohada. Te estás quedando calvo, cariño, le digo mentalmente, pero el sólo me responde enseñando unos incisivos horribles de roedor enfadado. Tranquilo, no te haré reproches, sólo necesito mirarme al espejo para saber que mi cuerpo lleva tiempo ondeando la bandera blanca de la rendición. Los dos estamos en la misma carrera, y sólo queda decidir quien llegará antes a esa meta donde nadie reparte premios a los vencedores.

Mi cuerpo me pide cinco, diez minutos más de sueño, pero mi mente sabe que esos minutos son los diez minutos de libertad donde la casa es solo mía. Bajo a la cocina y busco en la nevera una botella de vino y una copa, la primera de la mañana. Entre los cajones encuentro el resto del desayuno: un par de aspirinas que hago pasar con un trago largo de vino. Mi cerebro responde con una especie de chillido metálico a la combinación, pero pronto empieza a funcionar mejor.

Al fondo de la encimera veo la caja que trajo mi hijo anoche, una tarta de chocolate gorda y redonda con una fecha grabada. El día que su padre y yo nos conocimos, nos casamos, dejamos de querernos, o cualquier otra efeméride. Una fecha, nada más. Dejo recorrer mi dedo por la cobertura y luego, arrepentida, arreglo el desastre lo mejor que puedo.

Quedan pocas horas para que vengan los invitados, otro trago. Se supone que debo cocinar algo, pero la vecina vendrá luego para ayudarme. No engaño a nadie, claro: en realidad me limitaré a indicarle donde se encuentra cada cosa de la cocina y las dos ganaremos con el trato. Veréis, ella es feliz así, encerrada en la cocina haciendo algo que considera un arte, y que será destruido por una pandilla de mastuerzos famélicos incapaces de distinguir un souflé del culo de sus madres.

Si reduces tu vida a unos pocos metros cuadrados tienes la felicidad garantizada, y ella lo sabe. Lo bueno es que, de momento, sigo siendo libre. Otro repaso a la tarta, otro trago de vino, dos aspirinas más, y el día ya no parece tan malo.

Por eso me gustan las películas románticas, acaban en el momento justo. Si el director se olvidase de darle al "pause"al aparecer el "the end" de la película, y esta siguiese su curso saldríamos nosotros. Ahí estaría yo enterrando los trabajos de la universidad, un poco más adelante yo vestida de novia, los hijos, el entierro de tus padres y, un poco más adelante, despertarte en la mañana de tu aniversario huyendo de la cama para tener un par de minutos de soledad. Ya es hora de que alguien os lo diga: nadie pagará una moneda por ver la historia de tu vida.

El bulto del otro lado de la cama cuenta la historia de cómo nos conocimos. Inventa detalles de manera absurda pero la gente parece no darse cuenta, quizás por educación, quizás porque les gusten las historias bonitas. Por eso siempre preguntan por como nos conocimos, no por como nos va ahora.

Yo los oiré al otro extremo de la mesa y me sentiré más sola que nunca en mi pequeña isla. Tengo ganas de ahogarme en un mar de lágrimas, pero no lo haré porque me aferro a un salvavidas en forma de pequeñas capsulas. Las pasaré con un trago largo y liberador, y los ruidos y las voces se acabarán convirtiendo en apenas un murmullo dentro de mi cabeza.

Aguantar, ese es el truco en Hollywood. Al final esos son los verdaderos héroes, los que aguantan.

fechas de caducidad

La primera y última vez que me subí encima de un artilugio de estos acaba saliendo, tras una serie de humillantes retrocesos y nimios, pero firmes avances, con una alocada rubia de bote, digna hija de un barrio de obreros que nunca se hacía demasiadas preguntas y sólo aspiraba a quemar la ciudad con la huella de sus botas de Jueves a Domingo.

En los garitos por la noche, en Plaza de España sujetando sus zapatos mientras chapoteaba con los pies desnudos en el agua, en todo momento y lugar yo siempre estaba colgado de su brazo. Era su mascota, su fiel escudero o su juguete, según terciase la ocasión. Me presentaba a las descerebradas de sus amigas como si fuese una especie de pieza exótica que hubiese comprado en algún mercadillo del tercer mundo, y ellas observaban mi cuerpo enclenque, mi miopía, mi falta de ritmo, y decidían encontrarme encantador. Yo la veía bailar sola en medio de la pista, cubierta por las miradas turbias y primitivas de los otros tipos y pensaba que Dios, por una vez, me había rozado con el dedo.

Me lo confeso años más tarde; aquel día, mientras luchaba por no caerme de unos Rollerblade de cuatro ruedas en línea, me había visto patéticamente entrañable. Nada que ver con esos tipos que la acosaban a diario. Tipos duros tan firmes como sus poses firmes y estudiadas, de esos que nunca bajaban la guardia ni mostraban el flanco débil de sus vidas perfectas.

Como la fecha impresa en lo alto de los botes de fruta estaba claro que en algún momento aquello acabaría. Yo regresaría a la vida de un tipo que lee cosas raras y escribe sobre vidas inventadas, y ella volvería a ser la dulce princesa que empaña la noche en la luneta trasera de algún coche aparcado en un centro comercial del extrarradio.

Se dijeron cosas, se rompieron promesas, nos enredamos en palabras que nunca dijimos, fuimos dignos y mezquinos. Giramos en torno a una mentira que nos devoró, y creímos en nuestras propias fuerzas antes de que estas nos abandonasen. Pero, a pesar del daño, de las pequeñas y grandes derrotas y de todo el tiempo perdido, si volviese a verte otra vez, sólo podría decirte..

Gracias....

el niño que escuchaba

Su abuelo poseía una vieja cámara capaz de convertir todo lo que retrataba en inmóviles estatuas de cerámica. Una Rollei que había rodado por medio mundo hasta llegar a sus manos, y gracias a la cual logró escapar en innumerables ocasiones de los hombres de barro mediante épicas y emocionantes odiseas que cada noche le contaba antes de acostarse.

A través de esas historias el niño pudo saber que los hombres de barro son casi idénticos al resto de personas. Sólo la observación permite descubrirlos porque, en el fondo, los hombres de barro son como máquinas expendedoras, y siempre se muestran dispuestas a entregar sabios consejos envueltos en el engañoso papel de plata de la experiencia. Los hombres de barro siempre sabrán lo que debes hacer con tu vida, y tienen multitud de mapas con los caminos trazados para que nunca puedas perderte, para que nunca te pares en medio del camino buscando confundido una dirección. Y todo ello siempre te lo darán con su mejor sonrisa, ellos siempre sonríen, y gratis, claro, sólo quieren tu vida. Les aterra pensar lo que podrías hacer si te alejases del camino marcado.

El niño que escuchaba las historias y prometió recordarlas es ahora un eficiente oficinista de ocho a dieciocho, y el resto del tiempo es un hombre cansado que, en días como estos, llega a casa y apunta el mando a distancia hacia la pantalla de plasma que preside el salón, intentando no pensar con el mismo fervor con el que los hombres de ciencia dirigen sus herramientas al cielo buscando a Dios.

El niño que escuchaba las historias se deja entonces atrapar por esa tristeza que preside lo alto de los calendarios y acecha en donde menos la esperas dispuesta a hacerte su rehén. Y, una vez atrapado en esa espiral, reconoce que es mejor no tener cerca a su abuelo. Su muerte le evitó ver como todos esos consejos y enseñanzas murieron en la primera curva del camino, y su nieto se dejo atrapar por las promesas de los hombres de barro que le entregaron una vida que es casi casi una mentira. Como un cronometro corriendo siempre en cuenta atrás y sin botones para detenerlo, en vez de una nave espacial dispuesta a cruzar la galaxia rumbo a lo desconocido.

Feliz Cumpleaños

...dicen que es hoy. 25 de octubre. Mi antojadiza memoria me juega malas pasadas. 76 años. Y como si de una vieja película se tratase, sólo recuerdo algunas escenas inconexas entre sí, personajes sin guión, papeles sin personaje... Caprichosa memoria... Podría recitar verso por verso aquel poema de Magalhâes y, sin embargo, no recuerdo que el señor que me toma la mano haya sido alguna vez mi hijo... Ya ves, el obstinado recuerdo de unos versos no impide que me perciba como el tercer piloto. Inútil. Redundante. Cada día más aislada y lejana. Entrando a la Nada por el costado de la soledad de mí desmemoria. 25 de octubre. Es hoy. 76 años. Sonrío a la tarta de cumpleaños con la memoria de quienes aún sienten... Arbitraria memoria. No recuerdo mi nombre pero sé que a los 17 me enamoré, como todos, de la inmensidad del mar. Se llamaba Paco. Creo que era guapo. Debió de marcharse, supongo. Debió dejarme, como ahora, asomada al pozo oscuro que soy yo misma... tiritando... Conjeturas. No le digas a nadie que he muerto. Si algo más ocurrió... lo he olvidado.

la muerte de un hombre vencido

Los últimos años lejos de nosotras, mi padre se dedico a escribir sus memorias, y lo hizo de la forma obvia para alguien que paso los últimos treinta años de su vida alisando, levantando y pintando paredes: escribiendo en ellas sus pequeñas capsulas de Apocalipsis.

Hoy he visto la verdad más dura, rezaba el dintel de la cocina... Los hijos de vuestros hijos se arrancarán sus ojos y mirarán con cuencas vacías el futuro que les hemos preparado, dormitorio... Los engranajes de la historia aplastarán a todo aquel que ose llevarle la contraria, en el baño... O un simple !corred¡ apuntando hacia el balcón, como una invitación, casi casi una obligación, a saltar por la ventana.

Nos dieron la llave en la notaría. Un tipo gordo de ojos tristes que siempre parecía a punto de decir algo pero nunca reunía fuerzas suficientes para hacerlo. Tanto tiempo encerrado en

aquel despacho le habían contagiado algo de la inmutabilidad de sus papeles. Unos años más encerrado allí, y nadie podrá saber donde comienza el hombre y donde la mesa.

El último refugio de mi padre en la tierra estaba en un barrio color ceniza a las afueras de la ciudad lleno de aceras que parecían no llevar a ningún lado, y prostitutas apoyadas con desgana bajo los letreros de neón. Una barriada de tantas, con sus obreros, su silencio y sus cielos de hormigón, era el testigo de la última y definitiva caída de mi padre. Y allí fuimos convocadas aquel día por una fuerza superior a nuestros deseos o esperanzas.

Nada más abrir la puerta vinieron hacia nosotras todas aquellas palabras, firmes e implacables como un ejército en desfile luciendo sus mejores galas, sin que pudiésemos hacer nada más que permanecer clavadas en la puerta, mirándolas en un silencio de funeral. Mi madre lanzó su mano al vacío en busca de apoyo, y pude ver como sus ojos se llenaron de lágrimas al pasar por aquellas paredes. Un llanto honesto y silencioso que intentaba en vano hacerla escapar de su pesadilla. La muerte de un hombre vencido, de quien nunca ha sido nada y, justo al final, descubre el vacío aterrador ante sus pies descalzos.

Mi padre había visto el apocalipsis en las esquinas más muertas de esta ciudad, y nos había dejado su visión como legado. La verdad más dura, la enfermedad que ya entonces corroía sus entrañas, todo estaba escrito allí como lo había estado en sus actos y sus gestos. Sólo faltaba un lector, nosotras, pero mi madre rechazó el papel; con un simple gesto conjuró de un portazo todas las pequeñas maldiciones de la familia y nunca más volvió a poner un pie en aquella casa que, con el correr de los años, se convirtió en uno de tantos fantasmas dispuestos a ensombrecer su rostro cuando alguien le hablaba de venderla.

Yo si volví varias veces a recorrer sus estancias, buscando una excusa tras mi cámara y el bloc de notas que llevaba siempre conmigo. Intentado, supongo, buscar a mi padre en aquellos rincones, en sus últimas palabras. Todo aquello que me fue negado desde mi infancia debía tener algún reflejo en aquellas paredes, pero nunca pude encontrarlo. Al final, harta de no encontrar respuestas decidí matar las preguntas, quizás sin llegar a ser consciente de ello. Un viernes por la noche, algunas copas de más, el vacío aterrador de una vida a la que no encuentras sentido susurrando su canción cerca del oído o, quién sabe, si una mezcla de todo eso, me impulsó a cruzar el umbral con fría determinación.

Pase toda la noche danzando entre los vapores del alcohol y la pintura haciendo desaparecer con trazos gruesos de color blanco el último testimonio de mi padre, sus palabras, el vacío de mi vida. Con cada trazo sobre la pared sentía que mi vida se abría, nueva y esperanzadora,

ante mí. Como si pudiese escapar de todo... como si alguien hubiese puesto a cero el contador de mi existencia.

La mañana me encontró desnuda y tirada en medio del salón, mirando con ojos alucinados como las letras habían vuelto a salir al secarse la pintura que con tanto ahínco había extendido durante la noche. Más fuertes, más brillantes, bailando sobre mí con la mueca burlona de quien se sabe invencible a los artilugios humanos.

No pude pensar nada, sólo una risa demente y ajena a mi escapó de mis labios. El viejo, mi padre, el escritor fracasado, ese marido que nunca estaba o el tipo que hizo lo que pudo, había logrado hacerse inmortal a su manera. Enhorabuena, cabrón, al final lo lograste.

la hora del té

"el apocalipsis es inminente. cielo e infierno se preparan para el Armagedón...

lluvias de peces, ríos convertidos en sangre, mares hirviendo, estrellas cayendo sobre la tierra

ya sabes, todo ese rollo del fin del mundo...

... será el sábado, justo después de la hora del té."

Buenos presagios. Terry Pratchett / Neil Gaiman

La brea, abisal y asfixiante, se extiende calle arriba como una culebra arrancada de las entrañas del infierno. Se retuerce entre vapores mientras dos negros de torso desnudo elevan al cielo sus herramientas primitivas intentando domarla según va saliendo del camión sucio y renqueante. Sudan como condenados, pero aún así se ríen mostrándonos unos dientes enormes y blancos. Cada pocos metros se paran, se estiran y beben tragos largos de los botellines de cerveza que van dejando a su paso como los restos de un ejército vencido.

Dos viejos observan el trabajo de asfaltado tirados en sus precarias mecedoras sin que parezcan estar muy conformes con el resultado; algo en sus caras denota que ellos sabrían asfaltar la calle mucho mejor que los dos atlantes que ya casi han desaparecido de nuestra vista.

Al lado de los ancianos un perro decide unirse a nuestra pequeña troupe ladrando en medio de la calle a un fantasma que habita en algún lugar de su cabeza. Aúlla y gime girando poseído en un remolino infernal con la vana esperanza de escapar de las voces. Pobre, no sabe que eso no sirve de nada.

Son los cuarenta grados a la sombra de esta ciudad desierta y abandonada a su suerte los que nos vuelven un poco locos.

Me retiro de la ventana y veo la huella sangrienta dejada por mi mano. Es extraño, suelo ser bastante cuidadoso. Limpio mi rastro con un trapo y algo de lejía encontrada bajo el fregadero, y vuelvo a ponerme los guantes para terminar un trabajo que, aunque imprevisto, quiero hacer bien. Ella no debería estar muerta, y ahora que he acabado con su vida debo honrarla como se merece.

Ella muerta, yo en su casa, el perro invocando a sus fantasmas... Todos somos hijos de un azar cruel e incompresible. El azar de tener un padre muerto y estar en casa un martes por la mañana preparándote para el funeral, el azar de un extraño entrando en tu casa, la lucha, el forcejeo, su garganta entre mis manos... todo, incluso esas cosas horribles que hago, son fruto del azar. Ese susurro que brota de mis entrañas y me impulsa a ello es algo para la que ya he dejado de buscar una explicación. Y esa es mi defensa, mi única y última defensa: la paz que alcanzo cuando todo acaba y cada pieza de mi existencia encaja en un mándala cósmico imposible de explicar.

Ya casi he terminado el trabajo, y me alejo para contemplar toda su colección de peluches alrededor del cuerpo destrozado. Sólo queda colocar en la parte derecha, un poco alejado del resto, un oso amoroso grande y estúpido con el cuchillo ensangrentado en la mano. Exactamente como si fuese el mismísimo Doctor Nicolaes Tulp dando una lección magistral de anatomía. Hay que dejar un sello, una huella, me digo, porque en caso contrario esta pobre chica habrá muerto para nada.

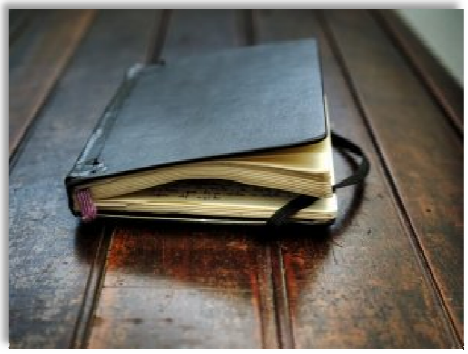
Lo sé, no puedo pretender que la policía entienda nada de eso. Sólo son funcionarios que al día siguiente de obtener la placa olvidaron todo aquello que juraron defender. No nos engañemos, estamos solos. Vosotros, honrados ciudadanos, a un lado de la línea, y yo, al otro, por encima de vuestras vidas y vuestros miedos.

Ya os lo he dicho. Es este calor que nos vuelve un poco locos.

lo mejor...

Lo mejor de no haber tenido metas es que nunca-nadie podrá permitirse el lujo de decir que nos estábamos desviando.

moleskine



Con el paso del tiempo comprendes que nadie pagará una sucia moneda de usurero por ninguna de tus mejores historias. Quizás por eso decides refugiarlas en libretas como esta; así parecen más serias y ponderadas, un poco más inmortales.

Es el equivalente a escribir la lista de la compra con enormes letras góticas. Una cuestión de estilo, si lo prefieren.

conmigo

Tiene diecisiete mensajes sin leer, me recuerda un globo en la esquina inferior de la pantalla con forma de diálogo de comic. Pero me lo dice, of course, en inglés. En los formularios internos y en las arengas de los directivos lo dice muy claro: somos una empresa de vocación internacional. Por eso todos nuestros informes se encuentran plagados de assets, targets, currency, ASAP, y otro montón de palabras que los manchan como un millón de moscas defecando con furia sobre un mantel de lino.

Me duele la cabeza. Un dolor que late sordo tras los ojos. Apago con rabia el ordenador y salgo al pasillo donde una mullida alfombra borra mis pasos, y un puñado de luces de emergencia guía mi camino de baldosas a amarillas hasta la conserjería donde habita el guardián del edificio. Esta vez no me lanza un saludo ritual desde la seguridad de sus dominios y viene hacia mí con un sobre en alto. Lo trajo un mensajero, dice mientras lo sujeta con los dedos y hace amago de ponerlo sobre mis manos. Casi se ha desprendido de su carga, pero yo lo miro sin entender y algo en mi interior me impide recibirlo.

Es un sobre color crema, las malas noticias nunca vienen en un sobre de ese color, pienso estúpidamente. Pero, aún así, sólo puedo extender mis brazos unos centímetros hasta casi tocarlo. Tiene su nombre, insiste el conserje incomodo sin saber cómo convencerme. Al final,

con gran habilidad, lo deja caer y por puro instinto me veo obligado a recogerlo. Al levantar la cabeza el conserje ha desaparecido y me ha dejado a solas con el trozo de papel.

Nos miramos desafiantes y el sobre parece ganar la primera partida porque no soy capaz de abrirlo. Postergo ese momento mientras le doy la vuelta sin encontrar el remitente; en su lugar hay la lista de de ciudades por las que ha pasado en mi búsqueda. Como un perro de presa la carta ha recorrido media Europa, de sucursal en sucursal, tras mis pasos. Algunas veces, compruebo al repasar la lista de lugares, he logrado escapar por menos de dos días a las iras del Dios de la papiroflexia. Parece obvio deducir que estábamos predestinados a encontrarnos en algún momento y lugar.

Al abrirlo descubro una cartulina plagada de esas letras que pretenden ser desenfadadas pero valen su precio en tinta al pasarlas al papel. Es una invitación de boda con forma de tríptico; la primera parte es un mapa de una iglesia en una ciudad que reconozco de inmediato: ella siempre quiso casarse allí. Aunque el tiempo ha doblegado la realidad que era, hace ocho años, ella siempre quiso casarse allí, conmigo. Por más que el ahora haya desterrado a ese conmigo de la oración y lo haya sustituido por otro pronombre personal que me resulta ajeno. Sólo para estar seguro, soy un tipo metódico, despliego el resto de la invitación y releo el nombre un par de veces. No, no soy yo, seguro. Sólo es un apellido Alemán que no conozco de nada.

Todos sin excepción somos supervivientes de algún naufragio. Algunos logran llegar a una isla desierta y enseguida lo llaman hogar y afirman estar felices allí. Otros fingimos estar siempre de paso y no dejamos de trazar enajenados planes de huida para justificar nuestra existencia. El tiempo ha demostrado lo acertado de la primera opción, pero sólo si logras sostener la fantasía el tiempo suficiente.

El guardián me mira desde su garita extrañado de ver mi figura allí, parada en medio del vestíbulo. No estoy transmitiendo la imagen adecuada. Representamos a los ganadores, la cima de la pirámide alimentaria en esta empresa. Un simple sobre, color crema, no puede cimbrearnos hasta rompernos, o al menos no en público. Cincelo una sonrisa ganadora y guardo el sobre en lo más profundo de mi abrigo, lo abrocho con brío y pongo rumbo a la salida donde caigo en brazos del viento y el frío que me azotan sin piedad.

A la derecha, mi casa, digno catalogo de IKEA, con un montón de aparatos eléctricos que tintinean sin pausa en la oscuridad para recordarme mi soledad. En la izquierda, la zona vieja, erigida ahora en estandarte de la modernidad y el buen gusto una vez erradicadas las

prostitutas y los ancianos con sus pensiones y moteles ruinosos que han dado paso a locales convertidos en parques temáticos. Y en ellos, como figurantes de alguna representación, se hacinan gentes sin pasado y camareros que corren prestos con sus camisas negras a buscarte un taxi cuando la penúltima ginebra borra el último grado de conciencia de los Ulises cansados.

Izquierda o derecha. Ni Hamlet se enfrentó a tan terribles decisiones. Paro un taxi y me deslizo en su interior cálido y acogedor como el útero materno.

- ¿Dónde le llevo? . me pregunta Caronte desde la oscuridad del asiento delantero y, justo en ese momento, tomo una decisión preñada de esperanza.

- ¿Qué le parece si retrocedemos en el tiempo y nos vamos ocho años atrás?

contaminación lumínica

Barajas-Newark

Arrastro la maleta por el aeropuerto como si de un cadáver se tratase… mitad solemnidad mitad asco, tú ya sabes. Es curioso que después de tantos años, de tantos viajes, aún no haya aprendido a hacer el equipaje. La gente. El trasiego. La sensación de disponer de una vida en continuo tránsito. Contrapongo. Me siento. Hay un tipo, de profesión aventurero, a mi lado. En la tele parece más rubio, más grande, más aventurero. Siempre he sido una mierda calculando distancias. *New York delayed*. De puta madre. Si esta historia llega a buen fin sentiré algo parecido a lo que siente este señor cuando llega a una cumbre de ocho mil metros??? Éxtasis. O no. Tal vez sólo la satisfacción de dar por acabado algo que nunca debió de empezar. No habrá nadie al otro lado. Nadie en esa otra terminal a miles de kilómetros de esta por la que ahora arrastro mi maleta-ataúd. No conviene esperar demasiado esta vez. A decir verdad, nunca conviene. Las recompensas y los aplausos son para los que suben un ochomil a pelo, no para los que utilizamos helicópteros y oxígeno. No para los que ponemos redes para amortiguar la caída. Apoyo las manos en el banco. Me agarro al borde. Percibo el vértigo en la boca del estómago. El aventurero rubio me mira. Azules. Sus ojos. Como si no conociese el sudor del corredor de fondo. Como si no supiese de mi esfuerzo por ascender esta montaña que construimos un día sin pensar que en algún momento habríamos de ascenderla. Absurdo. Doloroso. Como romper melones a cabezazos. Como un vendedor de máquinas de escribir en Silicon Valley. Tengo vocación de pasaporte… nunca te lo había dicho??? El tipo se levanta. Se aleja de mi. No sé su nombre. *El aventurero rubio*. Él no sabe que yo también soy aventurera. Alguien sin oficio ni beneficio que trepa por las rocas de montañas escarpadas y otea el aire para intuir las tormentas venideras. Él no lo sabe pero… tal vez esta sea mi última gran aventura, mi último ochomil. Debería apurar la luz de mis ojos, memorizar cada uno de mis gestos porque esta vez, por última vez, yo escogeré dónde y cuándo seré derrotada…

El último justo en sodoma

Los vagones son largos y estrechos como cajas de difunto, pequeñas cárceles de metal y cristal para nuestras almas condenadas. Al fondo alguien implora atención hacia su cuerpo maltrecho mientras se arrastra pidiendo unas monedas a cambio de su arte o su adicción. Todos sin excepción bajamos la cabeza intentando sacarlo del plano, volverle invisible porque, pensamos con malicia, en el fondo se lo merece. Dios cuida de los suyos, pero no perdona cuando te desvías del camino.

Me ahogo pero no me asusta. Me advirtieron que pasaría; toda esa caterva de médicos y psicólogos intentando llevarme al otro lado, al de la razón y la verdad, su verdad. No pasa nada, debes enfrentarte a tus miedos como única vía para poder vencerlos. Eso de ahí abajo es el orgullo de nuestra ciudad, no una puerta al inframundo. Y todo con su mejor sonrisa de caja registradora y las paredes llenas de títulos académicos alfileteados en la pared, mostrando sin pudor en sus vísceras desnudas la inteligencia de sus dueños, dignos entomólogos del conocimiento.

El vagón chirría en la entrada de la curva y zarandea a sus ocupantes sin piedad. Alguien a mi lado deja escapar un grito ahogado y me mira avergonzado. No te preocupes, haces bien en gritar porque yo también estoy oyendo lo que intentas ignorar, su dialogo de sangre y muerte despertando de un sueño de eones al que fueron condenados. Los notas ¿verdad? Se desperezan ávidos como siempre y furiosos como nunca.

Yo no me ahogo. Sólo grito y me escapo en el último momento de las fauces de metal que intentan atraparme dentro del vagón. Estoy sólo en el andén notando vibrar las vías bajo mis pies y un único pensamiento latiendo en mis sienes. Han despertado, se lo advertí, y ahora estamos condenados. No es su Dios el único que no perdona los errores. Ya no puedo hacer nada por vosotros.

¿Puedo hacer algo por usted? Es joven, tanto como lo fui yo hace siglos. Me mira sin miedo y me sujeta para que no caiga. Quizás Dios no quiera tu muerte y sea yo el instrumento de salvación. Tampoco hay tiempo para pensar: Claustrofobia, grito, y me desmadejo entre tus brazos mientras suplico anegado en lágrimas tu ayuda para salir al exterior, hacia la libertad del cielo azul y el aire limpio.

Juntos emprendemos la procesión por la escalera metálica, al principio agarrado a su brazo y pronto arrastrándolo con firmeza. Mi pequeño y hermoso héroe, quieres bajar preocupado por los ruidos que ya es imposible ocultar con mis jadeos y mis palabras. Quieres salvar el mundo, pobre tonto, y no eres capaz ni de salvarte a ti mismo.

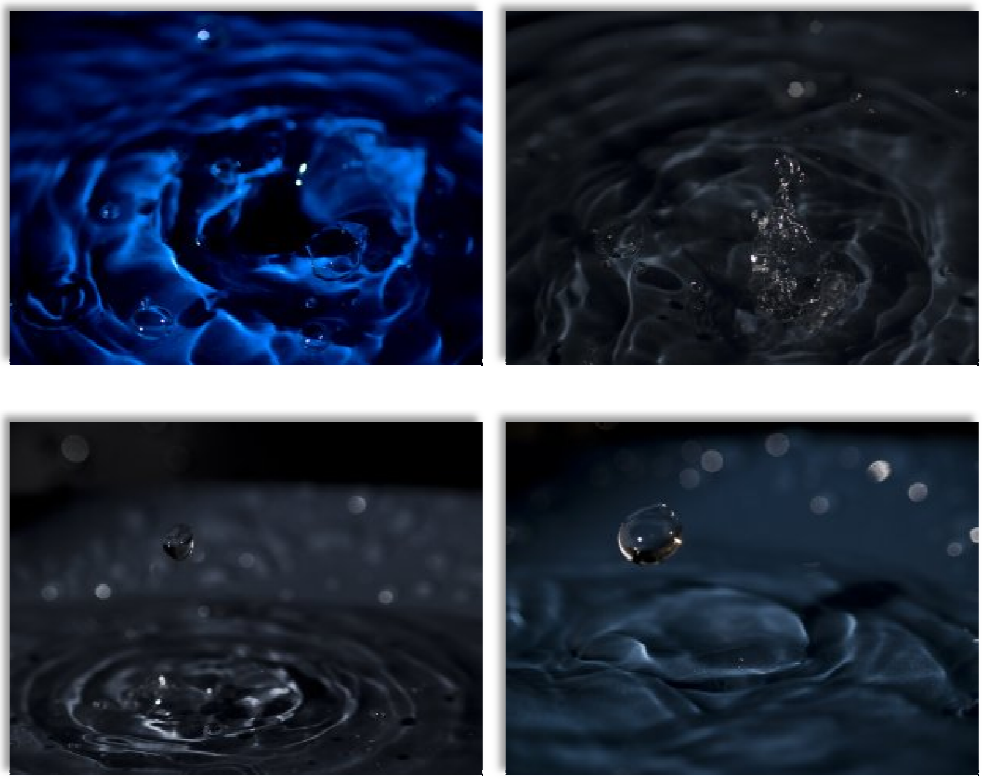
Toso y me ahogo en mi mejor papel y te obligo a pasar el último tramo hasta poner un pie en la calle donde el sol brilla como una promesa de cumpleaños. Si logro entretenerte unos minutos seremos los únicos supervivientes de la masacre que ya ha comenzado.

agua

Las gotas de agua son unas criaturas tan fascinantes y escurridizas como su propia naturaleza. Nacen y mueren casi sin avisar de su presencia ni dejar rastro alguno de su existencia. La mayoría odian darse a conocer y prefieren una vida anónima y sencilla, pero algunas de ellas se muestran particularmente estúpidas y quedan prendadas de su propio reflejo, en un cristal, en un espejo... Es entonces cuando, si posees el equipo adecuado[1], puedes capturarlas para lucirlas en lo alto de la chimenea y presumir de tu hazaña en el club de campo.

Estas de aquí en concreto son el fruto de varios meses de persecuciones, pruebas y errores. Lo cual, para ser sinceros, tampoco deja en buen lugar nuestras habilidades como fotógrafos, pero nada de eso nos impedirá seguir intentándolo.

Lo de hablar en plural es para darme un poco de importancia porque yo sólo era el tipo que sujetaba el flash. La otra persona involucrada tiene un poco de gota de agua en su naturaleza y prefiere pasar desapercibida.



[1] *La idea era sacar la foto en grande, no recortar un trozo de una composición mayor; por eso las fotos mostradas sólo se han reducido en tamaño, no se han recortado.*

Waterman

Siempre me ha parecido hortera eso de escribir con pluma. Esa simple frase, colgando de los labios en torno a los cuales giraba todo mi mundo, me hizo enterrar a mi fiel compañera en el fondo de un cajón.

Por suerte nos hacemos viejos y, aunque eso no nos haga más sabios, si nos hace más impermeables a las burlas del mundo real en el que tanto ansiábamos encajar…

Llega un momento en que no queda otra salida y por eso te aceptas como eres, porque intuyes que es ya tarde para cambiar al tipo con quien compartes las camisas..

o quizás no es eso y es otra cosa… quizás sólo es cansancio…

..bajar los brazos y ondear una bandera de rendición ante ti mismo..

Sea como sea es bueno saber que tu vieja compañera sigue fiel en el fondo del cajón.

« dicen los teólogos que hacia 1950 temblaron cuando el dios mayor Parker y adlátere Waterman fueron sustituidos por los diosecillos, Birome, Bic y Fieltro »

Libro de Manuel. Julio Cortázar.

37° 30′ 35.013″ / -95° 42′ 46.40″

Te llamas Simón, eres el menor de cuatro hermanos y has nacido en la parte menos amable del mundo. Aunque, no nos engañemos, en aquella época cualquier lugar del mundo era la parte menos amable del mundo. Eres pastor porque tu padre era pastor. Eres pastor porque en toda tu vida no has hecho otra cosa. Sin preguntas, pero también sin respuestas. Cada mañana, cuando el sol traza la silueta de las montañas en el horizonte, sacas al ganado y pasas el día viendo como convierten el pasto en bolitas de mierda. Así siempre, acumulando días un año tras otro. Sin preguntas, pero también sin respuestas.

Los días se te amontonan idénticos como monedas de usurero, indistinguibles unos encima de otros sin dar ninguna explicación. Algún día moriré, concluyes, y lo haré a un puñado de codos del lugar donde me nacieron. Y ese pensamiento, una vez invocado, se convierte en una losa sobre tu cabeza. Se trata de la vieja maldición de esta tierra, la necesidad de encontrarte siempre en otra parte.

Tienes un hermano, Andrés, el único al que aquella tierra miserable aún no se ha llevado, y que un día aparece caminando al lado de un tipo extraño. Tiene aire de trovador cansado y una eterna sonrisa clavada en el rostro. Una sonrisa de esas que anuncia: yo sé algo que tú no sabes. Dice llamarse Jesús, y todos vosotros, humildes campesinos, escucháis con la boca

abierta sus historias llenas de sueños extranjeros donde os cuenta de la libertad y su precio, y de la necesidad, casi obligación vital, de trazar vuestro propio camino. Una palabras nunca oídas por ninguno de vosotros y que hacen latir con furia a la vieja maldición.

Además es guapo, tanto que siempre tiene una corte de mujeres alrededor y tú tienes que esperar turno para estar a su lado.

Un día te sorprendes encerrando el ganado y jurando casi sin querer no volver a poner los pies en aquella tierra. Decides dejarlo todo para caminar en compañía de Jesús, tu hermano y un puñado de desheredados que han descubierto lo corta que es la vida y lo grande que resulta el mundo. Viviendo de contar historias en ciudades desconocidas, de la caridad y de trabajos de poco lustre. Avanzando sin rumbo pero felices como nunca.

A lo largo de ese caminar vais escribiendo un trozo de la historia de la humanidad sin apenas saberlo. Una historia tamizada en pequeños retazos, como cuando Jesús te dice en algún punto del camino aquella famosa frase: tú serás la primera piedra sobre la que construiré mi iglesia. Claro que, entonces, nadie se la tomo en serio y entre grandes risas decidieron llamarte Petrus, hecho de piedra.

Jesús siempre hablaba de un futuro extraño que parecía borrar la sonrisa de su rostro. Lo comprendiste el día que te dijo entre susurros ¿sabes?, creo que a todos nosotros nos espera una muerte horrible. Fue entonces cuando comprendiste la verdad en sus ojos. Supiste sin cruzar una sola palabra que a él le hubiese gustado estar en cualquier otra parte, pero fuerzas más grandes de las que siquiera podías soñar le obligaban a seguir dirigiendo su destino a una muerte segura. Quizás ya entonces sabía de vuestra traición, pero aún así sonreía comprensivo mientras le jurabas fidelidad eterna con palabras grandilocuentes. Sólo eso, palabras.

Esa historia, Vuestra Historia, jamás habría sido conocida. Sólo era otra de esas pequeñas luces suicidas como velas prendidas en medio de la tormenta que nacen para ser olvidadas. Pero alguien decidió hacerla grande, inmensa, para colocarla por encima del tiempo y el olvido. Del mito a la leyenda, de la leyenda a la adoración. Y cientos, miles de iglesias para difundir vuestra palabra y que nadie la olvide. Iglesias, monasterios, ermitas..

Como esta pequeña ermita levantada en honor de un pobre pastor como tú por manos quebradas que creían estar al servicio de algo más grande.

No parece gran cosa, lo sé. Veras, es un pueblo pequeño y miserable. Cada mes una familia entierra algún primogénito en una tierra que parece rechazarlos hasta en el momento último de la muerte, y aún así encontraron tiempo y fuerzas para levantarla.

Esa ermita tiene también su historia: de ella salió Martina el día que la convirtieron en mujer; con el vestido lleno de sangre, la cara anegada en lágrimas y las amenazas resonando sordas en su cabeza del único ser al que debía obediencia ciega: el cura del pueblo.

Cuentan que su padre lo supo, y no encontró en su pequeña mente de pastor un lugar para el perdón o la comprensión. Apareció allí, en la ermita al caer la tarde, con una hoz en una mano, una soga en la otra y la fría determinación de quien ha decidido que lo mismo da estar a un lado que al otro. Cuentan que arrancó los testículos al curilla y colgó su cuerpo del campanario para huir después dejando a sus espaldas una cortina de fuego, como una postal sacada del mismo Apocalipsis.

Lo sabemos porque este es un pueblo pequeño y porque todos estábamos presentes cuando leyeron los cargos en la plaza del pueblo. Firmes con nuestros mejores trajes y bajando la cabeza avergonzados. Muy ocupados representando nuestra propia traición; como cuando fingíamos no conocerte de nada mientras la guardia civil guiaba tus pasos de condenado, o mientras hacíamos un vacío de miedo ante la futura viuda y la pequeña Martina.

Te enterraron al otro lado del cementerio, lejos de la tierra sagrada donde nunca podrán descansar tus restos ni los de tu familia. En un lugar donde nadie construirá una iglesia con tu nombre, porque, ¿sabes? hay historias que no nacen con vocación de ser inmortales.

Perfect life

La máxima de no darse por vencido ni aun vencido pasó a mejor vida el día que las palomas le sacaron los ojos a los buenos propósitos de año nuevo. A los 15 tenía algo de sentido, pero ahora, con 60 años de carrera, convengamos en que ya no hay dios que crea en ello. Nadie está a salvo, amigo... ni siquiera los rusos saben ya qué hacer con la tumba de Lennin, así que quizás haya llegado el momento de finiquitar la empresa, de clausurar este circo de payasos deprimentes y saltimbanquis impostores. Sube el volumen de la música para que tus vecinos sigan creyendo que tu vida es un sarao continuo, y permite que el revólver haga su trabajo salvándote de un poco exitoso propósito de enmienda... Por las señoritas que frecuentabas últimamente, el tipo más listo de la comisaría apostará por un ajuste de cuentas. No te preocupes... el secreto es tuyo y te lo has llevado...